

SECCION DOCTRINAL

A continuacion publicamos el artículo titulado *Pasion y Muerte de Jesus*, debido á la pluma del elocuente escritor y colaborador nuestro, D. Fernando Corradi. Destinado al número anterior de nuestra Revista, no pudo en él tener cabida, muy á pesar nuestro, por estar ya en prensa cuando le recibimos: pero hallándole por nuestra parte tan interesante y oportuno, así para el solemne día de Jueves Santo, al que estaba consagrado, como para todos los dias presentes, que España y Europa atraviesan en medio de la connoccion y la duda, no hemos querido privar á nuestros suscritores de la lectura de este bello escrito, que será leccion y ejemplo á los descreidos, para probarles que la ilustracion y los humanos adelantos no están reñidos jamás con la fé sublime del catolicismo.

PASION Y MUERTE DE JESUS

El dolor y la tristeza que embargan el corazon de los fieles; el lúgubre aspecto de la multitud que acude silenciosa y como impulsada por una fuerza sobrenatural, á cumplir con los deberes de la religion; los negros crespo-

nes que enlutan los templos; los símbolos en ellos expuestos del sangriento misterio de la Redencion, y el piadoso recogimiento de que se hallan poseidos cuantos no hacen criminal alarde de un impío escepticismo, anuncian el aniversario de la pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, que celebra la Iglesia católica en estos solemnes dias, consagrados á la meditacion y á la penitencia.

¡Desgraciados de aquellos sobre quienes ningun efecto hace el ascendiente de la religion! ¡Cómo han de comprender el sublime sacrificio del divino Redentor, que, por un efecto de su infinita misericordia, bajó á la tierra para redimirnos del pecado? ¡Ah! el incrédulo y el ateo se hallan condenados á un suplicio sin nombre, como aquellos réprobos para quienes su propia conciencia se constituye en un fiscal que les acusa, en un juez que los condena, en un verdugo que los castiga y martiriza. Agitándose en el vacío que por todas partes les rodea, no encuentran fuerza bastante en su alma exhausta para resistir á los estímulos del vicio, ni á los golpes de la arbitrariedad y de la tiranía. Esclavos de la vil materia, sólo se muestran sensibles á los dolores del cuerpo, y su espíritu, preso en la estrecha cárcel de la carne, no traspassa nunca los reducidos límites del mundo terrenal, donde les acosan y atormentan la duda, la inquietud y los remordimientos.

En este valle de miserias y lágrimas, donde al lado de cada flor crecen innumerables espinas, ¿cuál es la existencia aún de los séres más halagados por los pasajeros dones de la caprichosa fortuna? Los déspotas de la tierra nos oprimen; la mentira y la envidia nos calumnian; la injusticia y la ingratitud acibaran nuestros dias; las cadenas de mil preocupaciones sociales nos abruma; la venganza nos persigue; la naturaleza inflexible nos arrebatá á los séres más queridos; la vejez nos debilita, agobia y nos rodea de profundas tinieblas; el horizonte de la vida se

estrecha á cada paso que damos, y la muerte, nuestra oculta é inseparable compañera, nos amenaza incesantemente, anunciando su presencia con las agudas enfermedades y crueles padecimientos que suelen acometernos desde los primeros albores de la infancia.

Para tantos dolores, para tantos motivos de sufrimiento, los únicos consuelos, los únicos, eficaces y verdaderos, son los consuelos de la religion. Cuando nuestros enemigos nos maltratan, apelamos al tribunal de Dios con entera confianza. Cuando vemos frustradas nuestras esperanzas en la tierra, nos alienta la idea consoladora de que hay más allá de este hemisferio visible, un hemisferio mejor y otro mundo de bienaventuranza. Cuando lloramos la pérdida de un objeto querido, echamos, con el auxilio de la fé, un puente sobre el abismo de la eternidad que de su lado nos separa. Cuando, en fin, el espíritu se desprende de la materia, nos fortalece y sostiene la seguridad de que hallaremos en el cielo una vida eterna y exenta de amarguras, peligros y aflicciones.

Los mismos afectos humanos, origen de nuestros tormentos y pecados, se transforman, bajo el santo y misterioso influjo de la religion, en sentimientos puros, en pasiones nobles y generosas. La cólera se convierte en valor; la obstinacion en fortaleza; la ambicion en magnanimidad; la codicia en economía; la soberbia en noble dignidad; la venganza en justicia; la lujuria en continencia; el amor, vida de las generaciones, en sacrificio y abnegacion.

Desgraciadamente no se conocia la verdadera religion cuando Jesus nació en los gigantescos dominios del Imperio romano, bajo humilde techo, consagrado por el trabajo y la pobreza, emblemas de la modestia y de la laboriosidad humana. Reinaban la más torpe idolatría y el más repugnante sensualismo. Con burla y mengua se acogian las mentidas predicciones de los oráculos, y el sacerdocio gentílico, avergonzado de sí mismo y escarne-

cido por una multitud inmoral y descreída, ocultaba en el fondo de los templos su rubor y su impotencia.

El mundo se hallaba sumido en las tinieblas del error y en el abismo de la perversidad. Difundidos por el abuso de la fuerza y el derecho de conquista, habían echado profundas raíces todos los vicios de la civilización romana. Bajo leyes atentatorias y costumbres pervertidas, dominaban los inhumanos derechos de la guerra; la opresión doméstica, fundada en el atroz dominio que los jefes de familia tenían sobre sus mujeres y sus hijos; la esclavitud social; las sacrílegas funciones del Circo de fieras y los combates de gladiadores, elevados en cierto modo á la categoría de institución; el culto á las riquezas; el cohecho; el divorcio y la degradación de la mujer; el concubinaje, el adulterio y la sodomía; el censo espoliador; el tormento como prueba; el suicidio como deber moral; la calumnia; la confiscación y las condenas oficiales por delitos imaginarios, como medio de hacer frente á las prodigalidades del Tesoro imperial con el peculio de los ciudadanos más acaudalados y opulentos. ¡Qué espectáculo tan repugnante y aterrador!

Entonces bajó del cielo el Divino Redentor, modelo perfecto de castidad y pureza, para purificar la tierra, infestada con el contagio de tantas infamias, de tan abominables iniquidades. La espléndida aureola que circunda su frente, crea alrededor suyo una atmósfera embalsamada con el aroma de la virtud y de la santidad.

Al verle, experimentan una impresión vaga y un consuelo indefinible cuantos reprobaban en silencio y en su fuero interno los atentados y delirios del mundo pagano. Todos los que padecían y lloraban; todos los que eran objeto de menosprecio y víctimas de la opresión, pronto le rodean, le escuchan, le aplauden, le siguen y le proclaman. Los pobres le aman; los afligidos le bendicen. Una multitud atónita y entusiasta acude á oír las inspiradas

palabras que brotan de sus divinos labios como otras tantas profecías. Encuentra discípulos en todas las clases sociales, y recorre los pueblos, las ciudades y los campos, precedido de faustos augurios y acompañado de unánimes aclamaciones.

Llégase á los míseros esclavos del paganismo, que regaban el suelo donde gemian con lágrimas de hiel y de sangre, y les dice: «Sois hombres; sois libres; todos sois iguales.» Rómpense á su voz sobrehumana las cadenas de la servidumbre. El hombre deja de ser un autó-mata, un paria ó un ilota, y la dignidad humana sale triunfante del fango de la degradacion.

Acércase á los árbitros y á los satélites de una generacion caduca, dividida en opresores y oprimidos, en víctimas y verdugos, y les dice:

«Todos sois hermanos; todos hijos de un padre comun. Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen.»

Preséntase á los soberbios y engreidos, que en su hidrópico orgullo se juzgaban con títulos para ser adorados como otras tantas divinidades por sus semejantes, y les dice:

«Á los pobres de espíritu pertenece el Reino de los Cielos.»

Dirígese á los díscolos, que se dejaban arrebatarse por los sanguinarios impulsos de la cólera y de la violencia, y les dice:

«Los pacíficos serán llamados por Dios.»

Interpela á los homicidas y á los malévolos, que todo lo fian al hierro y al fuego, y les dice:

«El que sacare espada, á espada morirá.»

Levanta á la mujer del polvo donde estaba sumida como un sér despreciable y únicamente destinado á satisfacer los apetitos carnales del sexo más fuerte, y le dice:

«Compañera y no sierva eres del hombre:» sentencia que la emancipa, la enaltece y la regenera.

Entra en el templo, profanado por el tráfico, y expulsa á los mercaderes que habian convertido la morada del Señor en una casa de contratacion, y les dice con el dedo: «Salid,» para significar que las cosas grandes y santas no deben ser objeto de mundana granjería y bastarda especulacion.

Acude á los que sufren los rigores de inexorable opresion por una causa legítima, y les dice:

«Bienaventurados aquellos que padecen por la justicia.»

Visita á los tristes, y los consuela; habla á los impíos, y los convierte; amonesta á los pecadores, y los redime; enseña á los incrédulos, y los ilumina; exhorta á los débiles, y los fortifica; predica á los egoistas, á los avaros, á los ateos, y los entusiasma, los mejora y los salva; lava los piés á los pobres, y los purifica; prodiga sus cuidados á los enfermos, y los cura; extiende la mano sobre los restos mortales de los difuntos, y los resucita.

Para hacer tan portentosos milagros con la palabra y con la fé, era preciso que Jesus fuese un Dios, un Dios verdadero, convertido temporalmente en hombre por un prodigio inaudito de amor y de clemencia. Aquellos que, á fuer de eruditos y filósofos, se atreven á negar la divinidad á Jesus, cometen un sacrilegio á los ojos de Dios y una imperdonable iniquidad ante el tribunal de la conciencia humana. Sí: un sacrilegio y una iniquidad; porque empeñándose en despojar á las fecundas doctrinas del Evangelio, sancionadas con la preciosa sangre del Gólgota, de su carácter divino, no sólo se atenta á su fuerza, á su eficacia y á su prestigio, sino que se aspira á extinguir en nuestro corazon la fe, que es la firmísima columna á que nos asimos en los terremotos de la vida, y el saludable antídoto que nos infunde el valor y la constancia ne-

cesaría para soportar con entereza las amargas del infortunio y los rigores de la adversidad. Quien trate de hacernos perder la fé, nos condena á un grosero materialismo y siembra en nuestra alma gérmenes de corrupcion y de muerte. Ella nos alienta y consuela; nos vivifica y salva: ella forma á los apóstoles y á los santos; á los héroes y á los mártires: ella despoja á la muerte de su aspecto aterrador, y convierte los sepulcros en arcos de triunfo, por donde pasa el que cree, el que reza, el que sufre, el que espera.

Morir debía el Salvador del mundo, intérprete glorioso de la verdad, porque los soberbios contumaces le odiaban; los déspotas empedernidos le temian; los impenitentes reacios le acusaban; los envidiosos incorregibles le maldecian; los falsos doctores le condenaban; y todos aquellos á quienes habian pervertido el fanatismo y la supersticion, la codicia y la lujuria, veian en Jesús una reconvencion elocuente, una protesta viva y una sentencia futura.

Arrastrado ante el tribunal de Poncio Pilato, todos ellos en ronco y feroz clamoreo piden, exigen y reclaman el suplicio del Justo y del inocente.

¡Muera! gritan los ancianos de Judea, porque aferrados en sus añejos abusos y tórpes preocupaciones, no pueden perdonarle la nueva luz que derrama con su irresistible predicacion.

¡Muera! gritan los príncipes de los sacerdotes, porque se sienten humillados y confundidos con la autoridad que posee y con la fascinacion que ejerce su angelical presencia.

¡Muera! gritan los escribas y fariseos, porque se ha separado de sus antiguas tradiciones de odios y resentimientos, presentando á Jehová, no como un Dios inexorable que se venga, sino como un padre misericordioso que perdona.

¡Muera! grita la muchedumbre desenfrenada, porque ignorante, fanática y seducida, cree descubrir en el Divino Maestro un astuto heresiarca y un atrevido impostor.

La justicia humana, representada por Poncio Pilato, se lava las manos en el Pretorio: la justicia divina calla. Las profecías se cumplen y el cruento sacrificio se prepara. El precio de la sangre se escapa de entre las manos del traidor, y allí donde Judas se ahorca por odio á sí mismo, quedan escritos, como un terrible epitafio, el éxito de su prevaricación y el fin de sus remordimientos.

Los fieros soldados le cercan y conducen como un empedernido criminal. Marcha entre armas, víctima del abuso de la fuerza, el apóstol de la caridad y de la mansedumbre. Le arrojan sobre los hombros un manto de grana para escarnecerle y vilipendiarle. Ciñen á su cabeza tosca corona de punzantes espinas, y colocan en su mano derecha un cetro de frágil caña, sin presumir que allá en el cielo adorna sus sienes ilimitada diadema de innumerables estrellas y le autoriza como Soberano el cetro omnipotente del Universo.

Le infaman con fingidos homenajes, y le llaman Rey, en son de burla y de afrenta. Furiosos, ciegos, desatentados, blasfemos, le insultan, le provocan, le abofetean, le escupen, le maltratan, le hieren, le laceran las carnes, le arrastran, le atropellan. Lleva en su frente la señal de una profunda herida, abierta con el filo de aguda y cortante caña. Inundado de sangre, cubiertos los ojos con opaco velo, abrasado por los ardores de la sed, doloridos los miembros, luchando su espíritu con mortales congojas, atronado por feroces clamores y sin auxilio humano, llega por fin al tenebroso páramo del Gólgota, donde sus asesinos y verdugos consuman la obra de perdición y de muerte, clavándole en la Cruz, entre dos ladrones, símbolo profético el uno del delito que se arrepiente, imágen espantosa el otro del crimen que no aspira á la absolución.

«¡Hé aquí el Monarca de Israel!... vociferan entónces. ¡Sálvate á tí mismo!... Si eres Hijo de Dios, desciende de la Cruz y te creeremos...»

Los sayones empedernidos, burlándose de su dolor, le dan á beber vino mezclado con amarga hiel. Obedeciendo los soldados del pretor á su sed de rapiña, se reparten su manto en cuatro pedazos y juegan su túnica á la suerte, entregándose á tan abominables actos al pie del cadáver ensangrentado de que se exhalaba el espíritu divino. Multitud de mujeres curiosas é impenitentes le contemplan desde léjos con los ojos enjutos y la sonrisa del sarcasmo en los labios.

¿Qué culpable es ese ¡oh insensatos! en quien os cebais con tan bárbara animosidad?

Es el Hijo de Dios, vínculo de concordia entre el cielo y la tierra: es el Redentor del mundo, que se sacrifica por todos nosotros: es el Divino Maestro que ilumina nuestro espíritu y disipa las tinieblas del error y de la mentira: es el Angel custodio de la inocencia: es el Salvador del género humano, condenado á eterno castigo: es la misteriosa personificación de la fe, esperanza y caridad, triple dechado de virtudes que convierte en benéfico rocío las lágrimas del desgraciado y siembra de flores el camino que ha de conducirnos á la eternidad.

Jesus ha muerto. Su último suspiro fué una súplica en favor de sus enemigos y verdugos, á quienes perdona y bendice, abriéndoles con su muerte las puertas de la salvacion y de la gloria. La naturaleza se conmueve y gime al contemplar tan horrible sacrificio. El cielo se cubre de espantosas tinieblas; los vientos se desencadenan y azotan las nubes con prolongados bramidos; retumban sordos y repetidos truenos, como si el firmamento se desprendiese de sus eternos ejes, en medio de una terrible explosion; la tierra se extremece y tiembla hasta en sus más profundos cimientos; pálidas exhalaciones cruzan los aires;

ábrese los sepulcros, y los muertos se agitan en sus fúnebres sudarios, y todo el universo trastornado lanza un gemido de dolor y espanto, como para protestar contra la iniquidad del género humano.....

Los templos del Señor están abiertos para los buenos católicos en estos lúgubres días de grande y provechosa enseñanza. Entrad todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, fuertes y débiles; entrad, vosotros los desgraciados que gemís en la miseria y los que os juzgais felices porque nadáis en la abundancia; entrad, cuantos no blasonais de escépticos é impíos, pero sumisos, contritos y penitentes, pesarosos de vuestros pecados y con el firme propósito de la enmienda, sin hiel en el corazón ni resentimientos en el alma, como miembros de una misma familia é hijos de un padre comun. Acordaos que Dios os ve, os conoce, os juzga, lee en lo más recóndito de vuestra conciencia, y sabe distinguir entre el hipócrita homenaje de una falsa devoción y el espontáneo tributo de una fe sincera y ardiente, que viene á inspirarse en la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, para imitar, en cuanto lo permitan las débiles fuerzas humanas, tan portentoso ejemplo de amor, humildad, abnegación y misericordia.

FERNANDO CORRADI.



Por el interes histórico y religioso que encierra creemos deber dar á conocer á nuestros lectores el siguiente artículo, debido á una pluma católica y distinguida, é inserto en la ilustrada revista *La Semana Católica*, de Sevilla:

EL CENÁCULO

SU PASADO, SU PRESENTE Y SU PORVENIR

I

Existe un lugar cuyo solo nombre evoca para el católico los más dulces é interesantes recuerdos. En ese lugar ha obrado Dios, en favor del hombre, los más grandes prodigios de su poder, de su sabiduría y de su amor infinitos.—Ese lugar es el Cenáculo de Jerusalem. En él celebró Cristo con sus apóstoles la última cena legal. Allí instituyó la adorable Eucaristía. Allí ordenó á sus apóstoles. Allí consagró aquel bálsamo misterioso, que, de su nombre de Cristo, se llama Crisma; con el cual, como el atleta antiguo, que se se ungia para entrar en batalla, es ungido el cristiano para ser, como dice San Pablo, *buen soldado de Cristo*. (II Tim. 2, 3.) Allí, en fin, nació la grande Iglesia, única verdadera, católica en el tiempo y en el espacio, porque ella llena los tiempos todos y se extiende por toda la redondez de la tierra.

Pero si, por todos estos motivos, el solo nombre del Cenáculo es tan grato al católico, lo es especialmente porque en ese sitio sagrado, Jesus, que *habia amado* á los suyos, los amó hasta el fin (Joan, 13, 1); y para quedarse con ellos, para unirse con ellos estrechamente, para hacer de los hombres una misma cosa con Dios y transformar la tierra en cielo, tomó un poco de pan, y, bendiciéndolo, dijo: *Este es mi cuerpo*; y echando un poco de vino en misteriosa copa, la bendijo tambien, pronunciando estas palabras: *Este es el Cáliz de mi sangre*. Desde aquel instante, en aquel pan no quedó sustancia de pan, pues se convirtió en el cuerpo de Cristo; ni en aquel cáliz quedó sustancia de vino, pues se convirtió en su sangre. Cuando Dios sacó el universo de la nada, con una sola palabra, no hizo tanto como lo que hizo en el Cenáculo. Cuando el Verbo Divino se hizo hombre, grande fué el

prodigio que entónces se obró en la humilde casa de Nazareth, morada de la bienaventurada Virgen Maria. En el Cenáculo no es el universo el que sale del caos á la voz del Omnipotente. Es Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, el que se pone en lugar de la sustancia del pan y del vino. En Nazareth el Verbo se hace hombre en el seno purísimo de María. En el Cenáculo, por el misterio eucarístico, el Divino Hijo de María, uniéndose á cada cristiano, prolonga así, dice San Agustin, el misterio de la Encarnacion en todos y cada uno de los cristianos. A la manera que de dos gotas de cera derretidas, si llegan á juntarse, se hace una sola; así de Cristo y del cristiano que dignamente comulga se hace una sola cosa, dice San Cirilo de Alejandría; porque, como una voz del cielo decia á San Agustin, segun él nos refiere en el admirable libro de sus *Confesiones*, el cristiano al comulgar no convierte á Cristo en sí, sino que es convertido en Cristo. La infernal serpiente, para seducir á Eva, que le escuchaba á la sombra del árbol de la ciencia del bien y del mal, la decia que si, contra la órden de Dios, comian ella y Adam del fruto de aquel árbol, serían como *dioses*. Comieron, y se hicieron ménos hombres de lo que eran. No estaba Dios obligado á hacer bueno lo que, para defraudar su gloria, habia prometido falsamente el tentador; pero Dios, por su infinita bondad, no sólo ha realizado esa promesa, sino que la realidad de lo que Dios ha hecho ha superado á ella. Esto lo ha hecho Dios en el Cenáculo al instituir la Eucaristía. Cuando el Salmista celebra en sus inspirados cánticos al *Dios de los dioses*, no sólo canta la gloria del único Dios verdadero, que ha triunfado de todos los falsos dioses; sino que anuncia que un dia los cristianos, haciéndose como dioses por la digna participacion de la Eucaristía, formarán la corona de ese Dios, que abatiéndose hasta unirse con el hombre, se ensalza á sí mismo, levantando al hombre hasta hacerle como Dios. Concepcion sublime que sólo podia surgir en la mente de un Dios. Prodigio de fuerza y de amor, de que sólo Dios era capaz. ¡Y despues de esto todavía hay hombres que digan que la religion católica empequeñece al hombre!

II

¿Qué era el Cenáculo ántes de que los prodigios obrados en él

le inmortalizasen? Su propietario era Nicodemus, príncipe de la Sinagoga y maestro en Israel, que, uniendo al estudio de las sagradas letras el honrado trabajo de manos, sea para proveer con el producto de este trabajo á su subsistencia, como más tarde lo hacia San Pablo, sea para ocupar útilmente sus ratos de ocio, ejercía el oficio de lapidario. Cuando San Pedro y San Juan, que habian preguntado á su divino Maestro dónde le prepararían la Pascua, vinieron á decir de parte de Jesus á Nicodemus: «¿Dónde está el lugar en que he de celebrar la Pascua con mis discípulos?» Nicodemus les mostró un gran salon. Aceptado por los dos apóstoles el ofrecimiento de aquel lugar, Nicodemus echó fuera las piedras y adornó magníficamente el Cenáculo. Cumplía así á la dignidad del Huesped que iba á recibir. El Evangelio celebra la magnificencia del lugar cedido y preparado por Nicodemus, llamándole *Cenaculum magnum et stratum*.

¿Quién habria dicho á Nicodemus la transformacion que aquel sitio iba á experimentar?

El Cenáculo está situado en el monte Sion. «La Ley saldrá de Sion,» habia dicho el Salmista. Ley de amor es el Evangelio, el cual tiene por resúmen y compendio, por fuerza y resorté, la Divina Eucaristía. Por resúmen y compendio, porque sus preceptos y sus consejos, ¿á qué tienden sino á disponer y preparar al cristiano dignamente, para unirse á su Dios, para hacerse una misma cosa con su Dios, en la Eucaristía? Por fuerza y por resorté, porque vivir segun el Evangelio, es vivir la vida de la gracia; y nadie puede tener en sí esta vida, como lo ha dicho el mismo autor de la gracia, si no recibe la Eucaristía. (Joan., 6, 54.)

El Cenáculo está próximo á la Torre de David, tan célebre en los libros santos, de la cual pendían mil escudos. La Eucaristía es la verdadera torre de fortaleza, para la Iglesia en general y para cada uno de sus hijos en particular. La tiranía de los Césares paganos se estrelló en la inquebrantable firmeza de diez y ocho millones de mártires, de toda edad, sexo y condicion, que se hicieron superiores á su condicion, á su sexo, á su edad y á su misma naturaleza, en todos los hombres fiaca, porque permanecían en fraccion del pan, esto es, porque comulgaban frecuentemente, porque iban al martirio unidos al Rey de los Mártires, á quien recibían en la Eucaristía ántes de lanzarse á los últimos

combates por la fe. Los mandarines del Tonkin y de la Cochinchina confiesan hoy que nada pueden contra los cristianos, si quiera sean neófitos de ayer, porque acostumbran comer un pan que *hechiza* las almas.

III

Eso fué el Cenáculo en lo pasado. ¿Qué es en lo presente? No es propiamente una mezquita; pero sí está en poder de los musulmanes, que impiden á los cristianos ejercer allí ninguna de las funciones de su culto. Los Cruzados, en los cien años que duró el reino latino de Jerusalem, hicieron del Cenáculo un devoto templo, cuyas bóvedas se conservan todavía. Una comunidad de religiosas Agustinas cantaba dia y noche las divinas alabanzas en aquel augusto recinto. ¿Qué dulce debia de ser para aquellas castas vírgenes vivir y morir allí en donde Jesus acreditó, instituyendo la Eucaristía, que su amor á las almas no sólo es tan fuerte como la muerte (Cant., 8, 6), sino que es mucho más fuerte que la muerte, una vez que esta no le pudo impedir quedarse con nosotros y quedarse para siempre, hasta la consumacion de los tiempos, en el misterio eucarístico!

Destruido el reino latino de Jerusalem, más que por la reaccion del fanatismo musulman y la malquerencia de los griegos cismáticos, por los pecados de los cruzados, el Cenáculo fué de nuevo profanado. Nada hay en la ciudad de las incomparables lamentaciones, en la triste y desolada Jerusalem, cuyas calles lloran (Tren., 1, 4), que lastime tanto el corazon del católico, como la vista del Cenáculo, del Bethlem de la Eucaristía, de la cuna de la Iglesia, en poder de los sectarios de Mahoma. Esta pena no tiene compensacion. En otros sitios como en Bethlem, como en el Calvario, se duele el católico de que le disputen el terreno los cismáticos, pero al fin se consuela porque todavía puede él allí ofrecer ú oír el Santo Sacrificio de la Misa.

En la cumbre del Olivete, que sirvió de glorioso pedestal á Cristo para subir al cielo, dejando allí impresa la huella sagrada de sus piés, siente el católico que aquel lugar se encuentre tambien en poder de los mulsumanes; pero á lo ménos una vez al año, el dia de la Ascension, permiten estos que se celebren en aquel sitio los santos misterios. No así en el Cenáculo. Algo les

dice á los musulmanes que el día que baje de nuevo Cristo á aquel sitio por la consagracion, ya para ofrecerse como víctima en el sacrificio, ya para residir allí en el sacramento, un fuego misterioso, un fuego divino, como el fuego de Pentecostés, partirá de allí para purificarlo todo alrededor de aquel sitio. Si todo ha de ser purificado, tendrá que desaparecer la inmundicia musulmana. Este pensamiento no es mio. Cuando el ilustre cardenal Wiseman estableció la adoracion perpetua del Santísimo Sacramento en Kensington, decia: «Espero que de aquí partirá como un rio de fuego, para abrasar y purificar á esa nueva Babilonia (la ciudad de Lóndres) en el fuego de la caridad.» Sus palabras fueron proféticas hasta en lo topográfico. Los cuarteles de Lóndres donde más se han multiplicado las conversiones al catolicismo, esas conversiones que por su número y su clase forman el consuelo de la Iglesia y la desesperacion de sus enemigos, son el mismo Kensington y Brompton, con los barrios adyacentes. Si en Lóndres ha sucedido eso, ¿por qué no ha de suceder en Jerusalem? En Lóndres y en toda Inglaterra el movimiento católico ha sido secundado por las oraciones de las almas buenas. ¿Por qué no han de pedir estas que el Cenáculo vuelva pronto á poder de los católicos? ¿Qué día más propio para pedir esto que el Jueves Santo, aniversario tierno y perpetuo del gran prodigio de amor, del milagro de los milagros, de la suma de milagros, como le llama Santo Tomás, que obró Cristo instituyendo la Divina Eucaristía? El Jueves Santo se aproxima; y esta es la razon por qué, para excitar á las buenas almas á orar en ese santo día, escribo yo muy de prisa estos renglones:

IV

Una de las veces que fui yo á visitar el Cenáculo, veia al salir de allí, plantados sobre el mismo Monte Sion, dos árboles misteriosos, que son dos grandes símbolos bíblicos: un ciprés y una palma. Ignoro quién los plantó, ni con qué objeto; pero sí me parece que puedo conjeturar por qué Dios los hizo crecer allí y para qué los conserva en aquel sitio. El ciprés de Sion (Eccli., 24, 17) no por ser figura como de exaltacion y grandeza, deja de ser un árbol fúnebre. Aquel ciprés vela sobre el Cenáculo, como representante de la Iglesia, lamentando que aquel sitio

esté vacío del autor de la vida. La palma, emblema de la victoria, está allí como un vaticinio de que los vencidos serán más adelante vencedores, y de que en el Cenáculo se adorará un día, más tarde ó más temprano, á Cristo vencedor de la muerte y del infierno. Si el ciprés nos contrista, la palma nos consuela. Ambos se levantan majestuosos hácia el cielo. Nuestras quejas y nuestras plegarias, la expresion de nuestros dolores, como la de nuestras esperanzas, deben elevarse también hácia el cielo. Dios que humilla y ensalza, apiadado un día, cuando llegue la hora de su misericordia, enjugará las lágrimas de la Iglesia, y la dará uno de los días de más gozo para ella, purificando y devolviéndola el Bethlen de la Eucaristía y la cuna del catolicismo.

JOSÉ ANTONIO ORTIZ URRUELA,
Presbítero.



CARTAS Á UN OBRERO

CARTA DÉCIMA

Apreciable Juan: El estudio de las causas de la miseria nos conduce hoy á la insuficiente remuneracion del trabajo, cuestion grave, pavorosa en algunos casos, que destila lágrimas siempre, y muchas veces sangre. *Vivir trabajando ó morir combatiendo*, decian los sublevados obreros de Lyon; pero la sangre de los que han muerto no libertó de la miseria á los que han sobrevivido. Ni los vencidos, al espirar, resolvieron el problema, ni los vencedores tampoco al darles sepultura; la artillería sofocó la rebelion, pero no aniquiló sus causas, y despues de restablecerse el orden,

como ántes, la miseria dijo: *Aquí estoy, desesperada y amenazadora*. Las cuestiones económicas no se ventilan á tiros; yerran los pueblos en sublevarse para resolverlas, y los gobiernos en pensar que no resta que hacer nada cuando los han sujetado.

Dicen que los toros cierran los ojos para acometer; los pueblos hacen con frecuencia lo mismo, y desgarran el trapo que les ponen por delante, dejando ileso al causador de su daño. ¡Cuántas veces se acusa á una persona, á una ley, á una forma de gobierno, de males que son efecto de hondas, múltiples y variadas causas! En la cuestion que nos ocupa, la de salarios, ¿á quién suele acusar de su insuficiencia? Al maestro del taller, al dueño de la fábrica, al que con cualquier nombre adelanta el capital y paga el trabajo. Bien podrá ser que tenga una parte de la culpa, bien podrá ser que no tenga culpa alguna; de seguro no la tiene toda.

Primeramente, Juan, has de notar, que de los capitalistas industriales, como de los que van á America á hacer capital, se ven los que vuelven ricos, y no los que han sucumbido víctimas de las enfermedades endémicas. Te he dicho y te repito, que son muchos, muchísimos, los capitalistas que se arruinan en empresas industriales; y es ley económica y moral, que éste riesgo se pague, que cobre su interes: tú prescindes de él. Primer error.

La mayoría de los capitalistas industriales, la gran mayoría, áun prescindiendo de los que se arruinan, no realiza grandes ganancias; viven, prosperan, pero no se hacen opulentos: tú te imaginas que todos son millonarios, porque se exageran los bienes que se desean, y más cuando á ellos creemos tener algun derecho. Segundo error.

El capitalista industrial, no sólo pone y arriesga su dinero, pone tambien su trabajo: tú te imaginas que vive en la holganza, porque no maneja una herramienta pesada. Tercer error.

El capitalista industrial, no sólo trabaja, sino que su trabajo es inteligente: debe pagarse y se paga más: tú prescindes de esta mayor y merecida remuneracion. Cuarto error.

Tú crees que los salarios pueden subirse mucho, sin que por eso dejen de tener una razonable ganancia los que los pagan. Quinto error.

Si los salarios subieran, no lo que pretenden los asalariados, sino mucho ménos, las fábricas se cerrarian, cesarian las em-

presas industriales, porque producirían pérdidas en vez de ganancias: esta sería la regla con poquísimas excepciones. Aunque las ganancias del capitalista industrial fueran tan fabulosas como supones, distribuidas entre centenares ó miles de obreros, tocarían á casi nada; de manera que sin mejorar sensiblemente su situación hoy, este aumento les dejaría sin trabajo mañana, porque ¿quién había de anticipar capitales y poner trabajo inteligente sin el estímulo de una regular ganancia, ó con la seguridad de perder? Ya te he dicho que las cosas se han de poner en su lugar, y que el mercado no es el de la abnegación y el heroísmo. Y esto, no te figures que sucede por la maldad de los hombres, sino por la ley de las cosas. En los negocios, en las empresas, desde el momento en que se sustituyese al cálculo la abnegación, se arruinaría el empresario, no habría empresa posible, ni progreso, ni civilización, ni otra cosa que miseria. El cálculo es, pues, una cosa necesaria, y por consiguiente justa; es bueno, como todas las facultades que hemos recibido de Dios; sólo es malo cuando abusamos de él, convirtiéndole en un instrumento de ruina ajena, atropellando las leyes de equidad, sin otra mira que el provecho propio.

Volvamos á la insuficiencia de los salarios. Es preciso que te fijas bien en todas las consecuencias de que suban de una manera sensible. Trabajas en una fábrica de tejidos de algodón; echas tus cuentas (mejor ó peor echadas) de las ganancias que realiza el fabricante, y dices:—Puede darme 12 rs. más cada semana.— Si solamente lo dijérais tú y los que á la misma labor que tú se dedican, tal vez la cosa sería hacadera en algunos casos; pero observa lo que va á suceder. Querrán aumento de salario:

Los que cultivan el algodón.

Los que lo recogen.

Los que lo conducen.

Los que hacen los carros en que ha de conducirse.

Los que hacen con él las operaciones que necesita para embarcarlo en el estado en que le emplea tu fábrica.

Los marineros que tripulan el buque, y la multitud de operarios que han tomado parte en su construcción.

Los que cargan y descargan las pacas, y los carreteros que las conducen á su destino.

Los que extraen el hierro, los que le conducen, y la multitud de operarios que se necesitan para convertir el mineral en las prodigiosas máquinas, destinadas unas á comunicar fuerza y otras á utilizarla.

Los que extraen el carbon.

Los que proporcionan los vegetales y minerales para blanquear y pintar las telas.

Los que hacen los dibujos, etc., etc., etc.

Suspendo la enumeracion, por no hacerla más pesada, sin decirte la mitad de los trabajadores cuyo salario influye en el precio de una vara de percal. Este precio aumentará cuando sea preciso pagar más á los que contribuyen á formar el producto, es evidente, y tambien lo es que cuando el percal esté más caro se venderá ménos, que la fabricacion disminuirá con la venta, y que sobrarán una parte de los operarios. Consecuencia de la subida de salarios: disminucion de trabajo.

Pero los que fabrican telas de algodon no son los únicos necesitados ni deseosos de verse mejor retribuidos; acontece lo propio á todos los trabajadores; y cuando todos lo consigan, el aumento de precio que ha tenido la vara de percal, y por la misma razon, le tendrá la fanega de trigo, la arroba de aceite, el cuartillo de vino, la libra de carne, la pieza de paño, el par de zapatos, todos los productos, en fin, porque no hay ninguno de los que satisfacen verdaderas necesidades, cuyo valor no dependa del trabajo. Consecuencia de la subida de los salarios: aumentar el precio de todos los productos.

Ahora bien: ¿de qué te servirá, Juan, que te aumenten el jornal, si se aumenta en igual ó mayor proporcion el precio de todas las cosas que has de comprar con él?

Hay quien insiste en que el precio de los productos puede quedar el mismo, aunque se aumente la retribucion de los productores. Es un error que se desvanece con reflexionar un poco sobre lo que pasa y ha pasado. Se inventa una máquina que lleva grandes ventajas á la mano del hombre, para tejer lienzo, por ejemplo. Segun la opinion que combato, el lienzo no abaratará, sino que el fabricante ganará más. Sucede, y ha sucedido siempre, todo lo contrario. El inventor de la máquina podrá enriquecerse, justo sería; por lo general, vive y muere pobre: los pri-

meros que la adoptan se enriquecen tal vez; no es fuera de razón, pues han hecho más justicia á la inteligencia y arriesgado su capital, realizando un pensamiento beneficioso para la sociedad. Pasada esta primera época, breve, las ventajas de la invención son para los consumidores, no para los capitalistas; el genio, como el sol, brilla gratis para todos. En Inglaterra, donde primero y más en grande se han empleado esos obreros poco costosos que se llaman máquinas, no es donde los capitalistas sacan mayor interés; al contrario, como hay muchos, se hacen pagar ménos: lo que han hecho los ingleses con los adelantos de la mecánica, es vender mucho y muy barato, no sacar un gran rédito de sus capitales.

Esto que sucede en la Gran-Bretaña, ha sucedido en todas partes y siempre: en cuanto baja el coste de la producción, baja el precio del producto; te lo repito, Juan, porque es una hermosa y consoladora ley económica: las ventajas de todos los progresos en las artes pasan á los consumidores, es decir, á la comunidad, y son gratuitos; el capitalista las utiliza, como uno de tantos, y en calidad de consumidor, no de otra manera. Si se inventa el modo de hacer los zapatos con menor coste, ten por seguro que costarán más baratos, no que se sacará mayor interés del capital que en hacerlos se emplee.

Resulta de esto, que el precio de los productos es generalmente el mínimo posible, dadas las circunstancias en que se producen, y prescindiendo de las ganancias del comercio, con frecuencia más exorbitantes que las de la industria. Si se aumenta el salario de la multitud de obreros que contribuyen más ó ménos directamente á la fabricación de cualquier artículo, este subirá, y subirán todos cuando todos los jornales sean más crecidos.

Hasta aquí te he hablado de los productos de las fábricas, y lo dicho puedes aplicarlo á los productos de la tierra. Los capitales empleados en ella hoy en España, no dan en muchos casos el 3 por 100; por regla general no pasan, ó pasan poco, de este módico interés. ¿Cómo es posible aumentar el jornal del obrero del campo, sin que suban las primeras materias y todos los artículos de primera necesidad? ¿Crees que el capitalista puede cercenar de aquel rédito, y más cuando ve el muy crecido que se saca de otras especulaciones que no exigen trabajo ni inteligencia?

Ten, pues, como cosa cierta, Juan, que, por regla general, los salarios ne subirán armando tumultos ni organizando huelgas, y que si fuera posible que subieran, dadas las actuales circunstancias económicas, sería un mal, porque disminuiría el trabajo y subiría el precio de todos los artículos, haciendo ilusorio el aumento de jornal.

He usado de las salvedades de *generalmente, en la mayor parte de los casos*, porque no entiendo que en todos sea posible el aumento de jornal: trataremos otro día de estas excepciones, ocupándonos de la regla hoy. La regla es, que todo tu esfuerzo debe dirigirse, ménos á que aumente el precio del salario, que á disminuir el de las cosas que se han de comprar con él. Dirás que es igual: para tí sí, pero hay la diferencia de que lo segundo es hacedero y lo primero suele ser imposible.

La carestía de los productos es efecto de muchas causas; apuntaré algunas.

Imperfeccion de los medios de producir.

Lo crecido de los impuestos.

Imperfeccion de los medios de comunicacion.

Trabas y derechos fiscales.

Muchos y caros intermedios entre el productor y el consumidor.

Pongamos por ejemplo los garbanzos. Yo soy propietario de una tierra; la abono mal, la aro mal, no la limpio; traigo la cosecha por mal camino, en un mal carro; la majo á palos. Resulta que la tierra me da poco, que su cultivo y la recoleccion me cuesta mucho; no puedo dar los garbanzos baratos.

Tengo que pagar una contribucion territorial enorme: aumento de precio.

Los garbanzos van al mercado por un mal camino, en un mal carro, y pagando un crecido porte: aumento de precio.

Al llegar al mercado, registro, estorsiones, pérdida de tiempo, nueva contribucion: aumento de precio.

Entre yo que produzco los garbanzos, y tú que los consumes, tres ó cuatro intermedios, comisionistas y mercaderes, que realizan ganancias no insignificantes: aumento de precio.

Si el cultivo fuera más perfecto, los medios de comunicacion fáciles, los tributos moderados, los registros y derechos de puer-

tas suprimidos ó simplificados, y te entendieras conmigo para que te mandase los garbanzos, sin costosos intermedios, su precio se reduciría hasta un punto que había de parecerte increíbles.

La perfeccion de la Agricultura ya sé que no depende de ti, pobre amigo mio; las otras causas de carestía, son poderosas, y difícil y lento hacerlas desaparecer; pero en este sentido es necesario que trabajes, y en vez de prestar oídos á los que te hablen de dar á tu salario un aumento que no puede tener, debes exponer con mucha moderacion, pero con mucha constancia, la necesidad de reducir los impuestos, de quitar las embarazosas trabas fiscales, y de mejorar los medios de comunicacion. En esto último, Juan, tú y tus compañeros sois descuidadísimos; los caminos que se dejan á vuestro cargo, ó no se hacen, ó si os los dan hechos, los dejais deshacer, porque no os persuadís que un mal camino, no sólo es *incomodidad*, sino *carestía*.

Lo que más pronto podrias hacer para disminuir el precio de los artículos, sería ponerte en comunicacion directa con los productores. No imaginas tú cuánto aumentan el precio de las cosas esos vendedores que te las dan al pormenor, y cuanto más en pequeño, más. Los comerciantes en grande sacan de su capital el seis, el diez, aunque sea el veinte por ciento al año, que seguramente no es poco; pero esos que te venden en los portales y por las calles, te llevan el cincuenta, el ochenta y hasta el ciento por ciento á la semana. No oigas, pues, hablar con indiferencia ó con prevencion de las *sociedades cooperativas*; reúnete con otros compañeros para comprar las cosas lo más cerca posible del lugar en que se producen, y en la mayor cantidad á que vuestros medios alcancen: de esto he de hablarte otro día más despacio. El comercio es una cosa grande y útil, pero esa reventa innecesaria y exagerada, es una verdadera calamidad.

Mucho distan estos consejos *caseros* de las grandes teorías de tus amigos los curanderos sociales; pero nota que no debemos desdeñar el estudio de las cosas que Dios no se ha desdeñado hacer, y, como decia un artista, los detalles minuciosos dan á la obra perfeccion, y la *perfeccion* no es un *detalle*. Las ciencias sociales tienen que descender á pormenores, que no las rebajan sino en el concepto de la gente frívola; no reputan como ajeno á ellas nada que puede interesar al hombre, y donde quiera que pue-

den desvanecer un error, evitan ó consuelan una desventura.

Para el poco espacio de que hoy disponemos, esta carta va siendo demasiado larga; en otra continuaremos tratando de los salarios.

CONCEPCION ARENAL.

LA SEMANA SANTA EN MADRID

Todos los periódicos de todos los partidos han dado á conocer el siguiente hecho, que hemos presenciado: la celebracion de las graves solemnidades del catolicismo en los días, por excelencia llamados *santos*, se ha visto en el presente año realizada por la inmensa concurrencia del vecindario de todas clases y posiciones en todos los templos y barrios de la capital: el órden, la compostura y el recogimiento han sido ejemplares, y jamás superados en época semejante.

Verdadero silencio religioso reinaba el jueves y viernes en las calles, henchidas de gente que iba de sagrario en sagrario dirigiendo á Dios las oraciones cristianas y contemplando los misterios de la divina redencion. La ausencia completa de carruajes particulares y de alquiler y de todas clases, las puertas todas de las tiendas voluntariamente cerradas, la suspension en ambos días de todo grito de los que inundan el ambiente de una gran poblacion, hasta los servicios de aguadores y panaderos, anticipados invisiblemente en las primeras horas de la mañana; ni un fosforero, ni un anuncio de periódico, nada de los días ordinarios; y en el interior de los templos, los tristes cantos sagrados, y la palabra divina multiplicada en todos, y en todos escuchada por apiñadas y silenciosas muchedumbres; han dado á esta semana en Madrid el aspecto de *santidad* con que la Iglesia la distingue; y el católico pueblo de esta capital de España ha ofrecido una vez más clara y elocuente muestra de lo que pueden confiar en él los protestantes y los impíos....

¡Loor al pueblo de Madrid! ¡Loor al verdadero pueblo español! ¡Loor eterno al sublime catolicismo, á la religion verdadera, que triunfante de los peligros y tormentas, fué de nuestros padres y será de nuestros hijos!

G. M. PERIER.

SECCION HISTÓRICA

Bueno será que para lección y aviso queden consignados en esta sección de nuestra Revista los dos siguientes documentos oficiales de dos ayuntamientos de Extremadura, los cuales han circulado entre los vecinos propietarios de los pueblos respectivos. Es curiosa la manera lisa y llana con que se ha tratado de repartir los bienes ajenos y justificar con una grotesca forma de oficina los mayores atropellos, contenidos solamente por la fuerza militar en estos y otros puntos de Extremadura y Andalucía, en que la demagogia socialista ha dejado la más expresiva huella de incendios, talas, derribos y allanamientos, á la primera ocasion que se le ha ofrecido.

Hé aquí los curiosos documentos:

«AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL DE JEREZ DE LOS CABALLEROS.—Por virtud de reclamacion hecha eficazmente por estos vecinos labradores y acuerdo de la Junta revolucionaria, se ha dispuesto por este Ayuntamiento posesionar á aquellos en el derecho de Giros que legitimamente les corresponde, procediendo á verificar el oportuno reparto de las tierras que comprenden el giro señalado, y siendo las de su propiedad que se figuran al márgen las destinadas á dicho reparto, lo pongo en su conocimiento para que desde luego se presente persona encargada que lo presencie, á evitar dudas y reclamaciones que no sean atendibles.

Dios guarde [á V. muchos años.—Jerez de los Caballeros, 5 de Marzo de 1873.—J. Masero.—Sr. D. Manuel Fernandez de Córdova.—Al márgen, Prado de la Vega.»

«AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL DE BURGUILLOS.—Hay un sello y al márgen los nombres de las personas á quienes la comunicacion va dirigida.—Por efecto de las circunstancias politicas por que atraviesa la nacion, este vecindario en masa proclamó el goce de sus derechos antiguos sobre giros, suministros, pastos, suelo, vuelo y cuantos les corresponden sobre el término de esta villa, en los dias 9, 10 y 16 del presente mes. Al efecto, y queriendo entrar desde luego al disfrute de los mismos, se dirigió en dichos dias al campo y derribó las paredes levantadas en cercas modernas, queriendo algunas casas y chozas que en las mismas se habian cons-

truido. Este hecho, que fué verificado por impulso único y exclusivo de estos vecinos, no pudo contenerlo mi autoridad, que en esta como en todas reclamaciones, desea sean resueltas por los tribunales ordinarios á que corresponden. Posteriormente, y *sin duda por creer justa, equitativa y procedente* la reclamacion de este pueblo, los mismos propietarios en reunion habida *voluntariamente* con el Ayuntamiento, han reconocido de hecho y de derecho la peticion y declarado que *los derribos y quemas están legalmente hechos*. En su virtud, hallándose comprendidas algunas fincas de la propiedad de los señores que al márgen se expresan, ruego á V. se sirva hacerle saber la peticion y acuerdo relacionado, á fin de que, enterados manifiesten lo que estimen oportuno, y así, evacuado, espera se sirva devolverme este diligenciado para los efectos que procedan. — Burguillos, Marzo 19 de 1873. — Francisco Mendez. — Señor alcalde de...

LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES

por

E. E. FRIBOURG (uno de sus fundadores) (1)

V

Comienzos

En el bello pais de Francia la sospecha es una planta indígena que crece espontáneamente cerca de todas las nuevas empresas, y cuyas múltiples ramas rodean y frecuentemente sofocan á aquellos que comienzan á distinguirse. Durante el tiempo en que permanecen oscurecidos á los ojos de las muchedumbres, y mientras sólo sirven para crear nombradías artificiales, los recién llegados al campo revolucionario republicano, al cual tenemos el doloroso honor de pertenecer, son adulados, sostenidos y defendidos por las masas egoistas y bullangueras; pero apenas aspiran á abandonar el rango de comparsas, á fin de asentar su individualidad sobre más ancha base, la comedia cambia de aspecto, y la calumnia baja y rastrera se apodera de ellos como de su presa; no abandonándolos

(1) Véanse los dos anteriores números.

sino despues de haberlos manchado y derribado, á ménos que un esfuerzo vigoroso, superando los obstáculos, los eleve de un salto á la cumbre de la popularidad.

Nada podia eximir de tal tributo á los fundadores de la Internacional; así es que le pagaron cumplidamente, siendo desde luego Tolain el más combatido, por lo mismo que era el que estaba más en evidencia. Su empleo de secretario de la comision obrera de la Exposicion universal, que habia desempeñado en 1862, y su profesion de fe de candidato, publicada por el periódico *La Opinion Nacional*, fueron los puntos de partida de los ataques á que recurrieron sus antiguos colegas para embarazar su accion. Se le acusó, primero sigilosa y despues públicamente, de ser agente secreto del príncipe Napoleon. «Pertenece al *Palais Royal*,» se decia de él frecuentemente; y esto producía su efecto. Atribuíasele la paternidad de los folletos rojos, de que hemos hablado, y el que tales publicaciones no llevasen su firma, se consideró efecto de su habilidad política, á la vez que prueba de que él era su inspirador.

La fundacion de la Internacional dió nueva ocasion á la crudescencia de semejantes suposiciones, tanto que Fribourg, cuya intervencion activa en las elecciones de MM. Pelletan y Pagés, así como sus relaciones con los grupos de las escuelas y barrio de San Antonio, le habian impulsado en la corriente, no quiso ingresar en los *internacionalistas* de Paris, sino á condicion de ser uno de sus corresponsales, deseoso de ver muy de cerca si realmente existía un lazo imperialista tendido al paso de los republicanos.

Tolain, prevenido directamente por Fribourg de estos recelos, consintió en que se designase al reciénvenido como titular de la oficina de correspondencia de París; hecho lo cual fué preciso obrar.

Desde el principio de la empresa habia comenzado á faltar dinero; el trimestre de alquiler adelantado habia dejado vacía la caja del grupo fundador; fué preciso acudir al crédito de M. E. Blot para imprimir los 20.000 ejemplares de los Estatutos generales y las 7.000 cartas de adhesion.

Una pequeña estufa de hierro estropeada, llevada por Tolain á la calle de Gravillers, una mesa de madera blanca, que por la mañana servía de mostrador á Fribourg en su oficio de decorador, y por la tarde de despacho de la correspondencia, dos taburetes de lance, á los que más tarde se agregaron cuatro sillas de fantasía: tal fué durante más de un año el mobiliario que adornó un pequeño cuarto bajo, situado al Norte y encajonado en el fondo de un patio, donde se condensaban sin cesar los más pútridos miasmas. En esta reducida habitacion de cuatro metros de longitud por tres de latitud, se debatieron, nos atrevemos á decirlo, los más grandes problemas sociales de nuestro siglo.

La inauguracion del Consejo general en Lóndres no fué más ostentosa; y á no ser por un té de familia, concierto, discursos y baile, que dieron los miembros ingleses al público de

aquella capital, la empresa hubiera tardado en arraigarse al otro lado del Estrecho de Calais, por falta de dinero.

Si insistimos tanto en exponer el estado precario de la Asociacion en sus primeros pasos, es porque estamos tan cansados de oír hablar de los millones de la *Internacional*, que creemos conviene precisar cuáles han sido siempre sus recursos pecuniarios, á fin de que se convenza todo el mundo de que su fuerza tan rápidamente adquirida, debióse mayormente á las torpezas de sus adversarios que á los medios de que á la sazón pudiera disponer.

Los antiguos compañeros de Tolain en la delegacion de Lóndres no habian sido los únicos en hablar de las tendencias ostentosas del candidato obrero; y los estudiantes de café y los *centuriones* (1) de blusa del barrio de San Antonio, no sólo habian acogido tan funestas murmuraciones, sino que por su parte las habian envenenado.

Cierto enfriamiento de relaciones entre Tolain y Enrique Lefort, su introductor cerca de Delescluze y sus amigos, sostenia un conjunto de probabilidades desfavorables al primero.

Resuelto Fribourg á desvanecer estas sombras, se dirigió á casa de M. Lefort, cuyo disgusto comprendió bien pronto. Lefort estaba quejoso del desvío observado con él al fundarse la Internacional, á la cual se hubiera ufornado de ligar su nombre. Fribourg convino en que en lo sucesivo se le consultaria, y al parecer quedaron sus quejas acalladas.

¡Vana esperanza! Esto no era más que el prelude del violento antagonismo que sin cesar reinó entre el grupo parisiense y la rama francesa de Lóndres, compuesta en su mayoría de proscritos momificados en sus procedimientos revolucionarios á la antigua, y á cuyo planteamiento deseaba subordinar toda otra tentativa.

M. Lefort, en su conferencia con Fribourg, habia asegurado que su adhesion como individuo de la Asociacion, al dar á la Internacional incontestable carácter de republicanism radical, impulsaria á unirse á los grupos de los *purós* que encerraba Paris, y que 10.000 individuos de las sociedades cooperativas formadas bajo la egida de *El Crédito al trabajo*, debian apresurarse á adherirse á la obra, apenas nacida (2).

VI

Paris y Lóndres

Poco tiempo despues de este incidente llegaba á la calle de Gravilliers una carta del Consejo central, en la cual se noticia-

(1) Centurion, decurion: tales eran los títulos por los cuales los obreros blanquistas se distinguían jerárquicamente entre sí, para demostrar á los otros y á sí mismos que Francia sólo esperaba su consigna para regimantarse.

(2) «Tengo 10.000 hombres en Paris, que se mueven á una señal mía y que se reunirán á ustedes si se lo mando; pero no haré esto mientras ustedes no me admitan en la oficina de Paris.»

Así se expresaba M. Lefort. «Caso de ser cierto lo que V. dice—replicaban los convespon-

ba á Tolain, Fribourg y Lemousin, que á propuesta de M. Le-luber, secretario por Francia, M. Enrique Lefort acababa de ser admitido como *corresponsal general de la Asociacion cerca de la prensa francesa*, en cuyo concepto debia encargarse de toda negociacion y redaccion de documentos que hubiesen de darse á conocer al público por medio del periodismo.

En nombre del Consejo general, la oficina de Paris iba á tener su jefe, y este jefe era un *burgués*; lo cual no dejaba de ofrecerse como un pequeño golpe de Estado. Semejante intento indignó de tal modo á los miembros parisienses, que se envió una protesta á Lóndres, y los corresponsales dirigieron á M. Lefort una carta, de la cual extractamos el párrafo siguiente:

«Si quisiéramos hacer una manifestacion republicana, tomaríamos por bandera un nombre más ilustre que el vuestro; y de esta suerte, si caíamos, caeríamos aplaudidos por todos.

»Pero no es este nuestro objeto; nosotros queremos fundar una asociacion que por medio del estudio, nos conduzca progresivamente á la emancipacion del trabajo. En tal terreno, cualquiera que sea el concepto en que os tengamos, vuestra nombradia sólo representa peligros sin ninguna ventaja; y por eso la rechazamos (1).»

Si no fueron precisamente estos los términos de la comunicacion, garantizamos de todos modos que tal era su sentido.

Agravose el conflicto. De un lado M. Lefort, confiado en el apoyo del Consejo general, amenazó con destruir la oficina de Paris. De otro, existia la apasionada resistencia de los parisienses, que creían que la personalidad de M. Lefort llevaria consigo la ingerencia en la Internacional del grupo de Guernesey, del cual era comensal y amigo.

A la vez que acrecian las dificultades de la situacion, como si la policía imperial tuviese noticia de estas disensiones, diariamente, á todas horas, agentes más ó ménos torpes acosaban á Fribourg, suscitándole mil y una cuestiones sobre el porvenir de la empresa, sobre el número de los adheridos y sobre los jefes verdaderos del movimiento, hasta el punto de que muchos solicitaran una consigna que permitiese á los internacionales reconocerse entre sí como coasociados.

Tendiéronse toda clase de lazos y todos fueron salvados. La voluntad incontrastable de los fundadores de no volver á caer en los *antiguos errores* de compañerismo secreto, dió al traste con todos los ardides y enervó aún á los más enfurecidos. Jamás consintió la Internacional tomar un carácter tenebroso, mientras se le permitió funcionar á la luz del día.

sales—resulta que es V. traidor á la república; porque si nosotros tuviésemos 10.000 hombres á disposicion de nuestra causa, podía echarse por tierra el imperio ántes de veinticuatro horas; pero como no los tenemos, ni V. tampoco, es preciso que estudiemos y esperemos, sin enarbolat inútilmente una bandera política.»

(1) M. Enrique Lefort habia sido condenado bajo el imperio, por cierto negocio de una sociedad secreta. Además, en el momento del conflicto, acababa de hacerse, en Paris, editor del busto de Víctor Hugo, lo cual bastaba para que le siguieran la pista los sabuesos de la policía.

En vez de dulcificar la cuestion, el Consejo general encomendó á ciertos investigadores el conocimiento del debate y la presentacion de informes terminantes; mas para esta mision fué elegido Leluber, el amigo íntimo de Lefort. Esto era demasiado. No obstante el deseo de los corresponsales parisienses de permanecer encerrados en sus derechos, como en una fortaleza, perdieron la paciencia, y el mismo dia en que Leluber volvía á Lóndres, Tolain y Fribourg, con 120 francos en el bolsillo por todo equipaje, partian para Boloña, desembarcando en Lóndres-Bridge al dia siguiente 1.º de Marzo, á las dos de la tarde.

Emplearon el resto del dia en buscar, guiados por Eugenio Dupont, á los miembros del Consejo central y en captarse la simpatía de Jung, secretario por Suiza; y á las ocho de la noche, en el momento en que Leluber iba á dar conocimiento de su informe, Tolain y Fribourg entraron en el salon del Consejo.

El efecto de este golpe teatral fué completo. Leluber, visiblemente desconcertado, sólo se atrevió á leer el final de la relacion que traía preparada, é inmediatamente comenzó la discusion.

En nombre de su derecho de oficina autónoma, los corresponsales parisienses negaron al Consejo general el poder de inmiscuirse en sus asuntos interiores, declarando ademas que, padres de la Asociacion, no sufrirían que se atentase al pacto federal consentido libremente por todos los individuos, y que miéntras ellos no contrariasen los principios enunciados en los estatutos generales, se consideraban dueños de obrar en su país, sin reconocer otra superioridad que la de aquellos de quienes eran mandatarios, en cuanto á sus funciones de corresponsales.

«Penetraos bien de esta idea, añadieron al terminar. El Consejo general no es otra cosa que el corazon de la Asociacion. Solo el Congreso es la cabeza.»

Los ingleses sancionaron con su voto esta interpretacion de los estatutos provisionales; y M. Lefort fué depuesto de su cargo ántes de funcionar.

La misma noche, Tolain y Fribourg se embarcaban de nuevo, regresando á Paris el miércoles. Su ausencia habia durado cincuenta horas.

Habian vencido en el hecho de anunciar formalmente que jamás precipitarían á Francia en los azares de una política pueril, destinada fatalmente, segun ellos, á lanzar al país á las convulsiones de una guerra civil, cuyos efectos más visibles serían arrebatar á Paris todo elemento socialista y retrasar puede ser que un siglo el triunfo del proletariado.

Habian vencido despues de proclamar que si era una forma política para la aplicación seria de las reformas sociales, tambien era cierto que toda revolucion armada, que no tuviese otro objeto que el de cambiar el nombre del déspota ó el número de los mandarines, les parecia un crimen de lesa humanidad.

Habian vencido, sobreponiéndose al menosprecio de la escuela blanquista y dejando en pos de sí prolongado cortejo de

amor propio herido, de pequeñas vanidades sojuzgadas y de ambiciones *burguesas* engañadas, que agrupándose en un haz de odios, sólo esperaban una circunstancia favorable para satisfacer el goce de las represalias.

Esta ocasion debia ofrecérseles en las conferencias de Londres.

VII

Primeros progresos

La situacion de los corresponsales parisienses habia mejorado bajo el punto de vista de la libertad de accion, y el triunfo que habian alcanzado sobre el Consejo general, era segura garantía de que en adelante nada seria capaz de contrarestar su influencia. En efecto; desde esta época dejó de intervenir la oficina central en los nombramientos de las oficinas corresponsales, y todo quedó reducido á que los titulares diesen aviso al secretario de su nacionalidad y á que el Consejo central acusase recibo de la notificacion. Semejante omnipotencia les impuso al mismo tiempo el deber de obrar con circunspeccion.

Aunque la tarea era ruda, la aceptaron por completo.

Acrecian las adhesiones individuales, tanto más, cuanto que todos los que habian sobrevivido á las asociaciones republicanas disueltas por el imperio, se apresuraban á inscribirse en *los Graviilliers*. Médicos, publicistas, industriales, funcionarios del ejército, todos concurrían á la empresa.

Muchos aceptaron servir de lazo de union entre Paris y las provincias, recibiendo verbalmente las siguientes instrucciones:

«Hacer leer los estatutos, ántes de adherirse; á cualquiera que lo pretendiera; afiliarse más particularmente en el partido republicano; apoyarse bien en el carácter *socialista* de la Internacional, asociacion extranjera cuyo establecimiento en Francia no podia ser oficial; servirse de cédulas de inscripcion, impresas en inglés, para demostrar que los corresponsales sólo eran unos intermediarios establecidos con objeto de facilitar la aplicacion de los arts. 5 y 7 de los estatutos generales.

»Recomendar á cada nuevo grupo constituido que cesara inmediatamente de entenderse con Paris, de donde ya no tenia que recibir órdenes, y dirigirse al Consejo general de Londres respecto de las noticias de organizacion interior.

»En una palabra, aprovecharse en cuantas ocasiones se pudiera del silencio de los códigos sobre este hecho nuevo, y ganar terreno con prudencia.»

Á pesar, ó quizás á causa de todas estas precauciones, gran número de socios dudaron de dar sus nombres, señas y cualidades; desconfiados por experiencia, solicitaron un *incógnito*, que con dificultad les concedieron los miembros de la oficina de Paris.

Reconozcamos, sin embargo, que cierto número de notabilidades políticas no retrocedieron ante la adhesion formal á los es-

tatutos de la Internacional, debiendo citar entre estos artesanos de primera hora á MM. Julio Simon, autor de *La Obrero*, *La Escuela* y *El Trabajo*; Enrique Martin, historiador popular; Gustavo Chaudey, activo colaborador de P. J. Proudhon, víctima de Raoul Rigault; Corbon, antiguo vice-presidente de la Constituyente de 1848; Carlos Beslay y otros, á quienes los sucesos alejaron más tarde del grupo fundador (1).

Tambien las provincias comenzaron á dar señales de vida, y Rouen, el Havre, Caen, Condé, Lille, Amiens, Lyon, Nantes, Pose, Liseux, Roubaix, Saint-Etienne, Liancourt y Libourne se convirtieron en otros tantos centros de propaganda socialista, abriendo sus oficinas de correspondencia con el Consejo provisional de la Asociacion.

En el momento mismo, y por medio de Fribourg, la Internacional penetraba en la franc-masonería parisiense, donde se conquistaba no pocas simpatias, mientras que Suiza, Bélgica y América anunciaban la creacion de grupos abiertamente socialistas.

No obstante, á pesar de su aparente éxito, los corresponsales parisienses se sentian aislados en Paris; la masa obrera se les escapaba; y aunque aumentábase el grupo, como este no pasaba de ser un grupo particular, una especie de Iglesia y de instinto, temian que la prolongacion de tal estado de cosas terminase con un fracaso.

En la necesidad de intentar un gran esfuerzo, dirigieron cartas particulares á los obreros más influyentes de Paris, cada uno de los cuales, creyendo que respondia á una invitacion personal, vino á tomar parte en la reunion clandestina, organizada

(1) A aquellos que han dudado de la certeza de la adhesion de estos señores, respondemos que M. Julio Simon recibió en Febrero de 1865, en su casa, y de manos de Fribourg, la cédula señalada con el número 606, y que pagó una cuota de 10 francos. Más tarde, en la época del Congreso de Ginebra, entregó la suma de 20 francos para el viaje de los delegados parisienses.

En cuanto á los demas, bastanos citar los siguientes artículos de periódicos:

Siglo del 14 de Octubre de 1865.

«Con profunda emocion hemos leido lo que acaba de suceder en Londres.

«Presentimos que alguna cosa grande se inaugura en el mundo, y que la sala de Long-Acre será célebre en la historia. La elevacion de sentimientos... la amplitud de miras y el alto concepto moral, económico y político que ha precedido á la eleccion de las cuestiones que constituyen el programa; no podrán ménos de captarse las simpatias de todos los amigos del progreso, de la justicia y de la libertad en Europa.

«Sabiamos que el frio de la muerte, extendido por la superficie de nuestras sociedades, no habia penetrado en el interior, ni habia helado el alma del pueblo, hasta el punto de extinguir las fuerzas de la vida...

«Tan poco acostumbrados estábamos á este lenguaje, que al oírle nos estremecimos hasta el fondo de nuestro corazon.

»ENRIQUE MARTIN.»

por Tolain y Fribourg. El lazo dió sus resultados, cayendo en él cerca de 150 ciudadanos (1).

Sin darles tiempo de reconocerse, y aprovechando el silencio general, Fribourg, despues de excusarse acerca de la manera de celebrarse la reunion, expuso lo siguiente:

«Los corresponsales parisienses, emanacion de un grupo particular, no reconocen en sí el derecho de estipular en nombre de toda la clase obrera.

»No queriendo usurpar ninguna influencia legítima, vienen á pedir á esta Asamblea, formada á gusto de los representantes de las diversas industrias parisienses, el nombramiento en cada grupo profesional de un trabajador, cuya misión será ayudar á la administracion y á la direccion del movimiento parisiense.

»Anotados así cada dia los corresponsales por los verdaderos representantes del trabajo, no es de temer desvío alguno respecto de los estatutos generales de la Internacional.»

Levantóse entónces de entre los oyétes un obrero de cierta fábrica de papel pintado, antiguo individuo de una sociedad de resistencia profesional, el cual derechamente, sin rodeos ni frases, expuso con sencillez la cuestion de las tendencias políticas de los fundadores de la Internacional, obligándoles á rechazar las acusaciones de cesarismo que tan frecuentemente se les dirigian, y preguntando á la vez cómo, si no eran los agentes del Imperio, esperaban llegar á fundar, por en cima de la ley, una asociacion no autorizada.

En medio de la atencion general, Tolain respondió á Heligou

Siglo del 4 de Febrero de 1865.

«Agítanse las cuestiones cada vez con más brio en el Congreso, y en verdad que debemos alegrarnos de estos esfuerzos en pro de la comunicacion intelectual de todos los amigos del progreso en Europa...

»Comenzamos por la federacion moral é intelectual para terminar en la política...

»Tambien me pregunté qué pensarían acerca de los Congresos internacionalistas los proletarios europeos, «estos ilustres ancianos,» de que nos habla Monseñor Dupanloup, y «que componen el senado del espíritu humano.» «¿Van ellos, al mirar la ola creciente de la democracia, á cavar su sepultura y ántes de morir á encomendar á Jesus crucificado, no solamente su alma, sino hasta su patria y sus hijos?» No sé, pero estoy seguro de que todas las personas perspicaces y generosas aplaudirán la idea de esta reunion de no pocos centenares de hombres, representantes de los más distinguidos trabajadores de Europa... Háse operado en nosotros un notable progreso, despues de nuestras agitaciones en pro de la reforma social, desde hace una veintena de años. En este tiempo, á parte un pequeño grupo, la tendencia general de los obreros socialistas se cifraba en considerar al Estado como su providencia visible, esperando de él la redencion de las clases inferiores; pero la nueva generacion declara «que la emancipacion de los trabajadores debe ser obra de ellos mismos.

»A. CORDON.»

(1) A medida que los invitados iban entrando en el taller de la calle de Pierre-Levée, donde se celebraba la reunion, Fribourg los unia entre sí por los lazos de una conversacion general.

Este medio de evitar toda demanda de explicaciones; dió su resultado mientras los asistentes no excedieron de la cifra de veinte; pero despues dejáronse oír interpelaciones por uno y otro lado, y cada cual quiso hablar.

Difícil de dominar fué la situacion. A fin de evitar una retirada precipitada, Tolain se colocó delante de la puerta de entrada, y mientras Fribourg explicaba que, segun la ley sobre reuniones de más de 20 personas, sólo él como firmante de las cartas de invitacion y el propietario del local podian ser perseguidos, los últimos invitados tomaron asiento, no poco sorprendidos, en el seno de la Asamblea.

con la historia de sus tratos cerca del príncipe Napoleon; con el cual no había tenido otras relaciones que las consiguientes á su cargo de secretario de la comision para la Exposicion con el presidente de ella; sobre el punto legal, refirió la teoría de la sociedad extranjera, la cual no había sido prevista ni penada en los códigos; y concluyó exponiendo la necesidad de aprovecharse de semejante omision mientras fuese tiempo.

Fribourg, por su parte, dió á conocer el pensamiento íntimo de los corresponsales parisienses acerca del carácter político de la Asociacion. «Mientras se trate de la adhesion de socios, la Internacional debe buscar preferentemente sus aliados entre los republicanos; pero la sociedad, como cuerpo constituido, se abstendrá absolutamente de toda ingerencia en los negocios políticos de Francia, precisamente porque es una sociedad de estudio, no un nuevo *carbonarismo*.»

Despues, á fin de desvanecer toda duda sobre la sinceridad de las declaraciones que acababan de hacerse, añadió:

«La Internacional será la fuerza del porvenir de los obreros; por tanto, debeis adheriros, ya sea para ayudarnos en la realizacion de nuestra obra, si somos sinceros, ya sea para desenmascarnos á tiempo, si somos unos bellacos.»

No permitiendo lo avanzado de la hora que se votara la proposicion, la asamblea se separó, prometiendo dar á conocer el resultado de las reflexiones generales de los talleres de Paris sobre asunto tan importante.

VIII

Primera gran oficina

Pocos días despues, la comision de Gravilliers contaba diez y siete miembros adjuntos á los corresponsales, lo cual, no haciendo exceder de veinte, cifra legal, los miembros conocidos y funcionarios de la oficina de Paris, daba á la Internacional el poder de que necesitaba.

Hé aquí los nombres y profesiones de los individuos de esta primera gran oficina.

Tolain, cincelador; Fribourg, grabador; Ch. Limousin, marcador, todos tres corresponsales; Debock, tipógrafo; Bourdon, grabador heráldico; Heligon, papelista; Culetin, curtidor de pieles; Parrachon, Camelinat y Guyard, engastadores; Fournaise, óptico; A. Murat, mecánico; Varlin, encuadernador; Bellamy, tonelero; Delorme, cordonero; Mollin, dorador; G. Laplanche, maestro de coches; Delahaye, cerrajero; Chemalé, maestro de obras; Gauthier, joyero, y P. Malon, jornalero.

A partir de este instante, el movimiento llamado cooperativo recibia nueva impulsión, haciéndose sentir por todas partes la presencia de los internacionalistas (1).

(1) El libre exámen debía hallar adictos en la Internacional. Así es que el documento siguiente, obra de Aristides Rey, estudiante, halló eco en aquella asociacion.

En Puteaux, Saint-Denis, Vanves, Montreuil, Vincennes y Grenelle, en cuantos puntos de Paris se formaba una sociedad obrera, la oficina delegaba uno de sus individuos para hacer prevalecer la idea general de una federacion de grupos y para combatir toda ingerencia de un protectorado político.

Las cuestiones de las huelgas, tan desgraciadamente suscitadas al mismo tiempo por el partido blanquista, no tenian adversarios más declarados que los internacionalistas. «Estudiad desde luego, decian; ved si las condiciones económicas del país permiten una revision de tarifas; y luego, despues de estar seguros de que teneis de vuestra parte *la verdad y la justicia*, examinad si os encontrais en estado de emprender la lucha y si teneis la seguridad de hacer triunfar. Otra idea, sin la cual no conseguireis sino el acrecentamiento de la miseria particular y pública.»

Semejantes consejos eran escuchados alguna vez, perteneciendo á la Internacional la gloria de haber hecho abortar toda tentativa de huelga en las construcciones durante el trienio de 1865, 66 y 67.

ASOCIACION INTERNACIONAL DE LIBRE-PENSADORES

SOCIEDAD «OBRA SEGUN PIENSES»

I

Considerando que sólo es honrado el hombre que obra segun sus principios.

II

Que el bien no puede existir fuera de lo verdadero, y que no hay verdad sino en la ciencia.

Que conviene separar la moral progresiva y científica de los añejos dogmas, que la razon condena y el sentimiento debe reprobare.

Que la conciencia rechaza las doctrinas religiosas, que guian al hombre por medio del miedo y de los más indignos móviles.

Que tales doctrinas han desunido á la especie humana, falseando la moral y adulterando la nocion del derecho.

III

Que la comunidad de ideas entre el hombre y la mujer puede por sí sola fundar la familia.

Que dar al niño una fe y una ciencia negativas una de otra, es lo mismo que oponer al corazon á la razon, viciar el juicio, paralizar la voluntad y preparar el excepticismo.

Que entregar por indiferencia ó debilidad el capital de uno, sus hijos y persona á los defensores de lo pasado, es hacer traicion á la nueva sociedad y retrasar su triunfo.

IV

Que aunque muchos proclaman estas verdades, ya sea por falta de asentar firmemente sus convicciones, ya por falta de una regla invariable de conducta, desmienten incesantemente con sus actos sus palabras.

Que esta contradiccion lleva consigo el rebajamiento de caracteres y la desmoralizacion pública.

V

Que la comunidad de accion, dando á todos ejemplo, sosten y fuerza, es la única que puede ayudarnos en la lucha de la vida racional contra el hábito y las preocupaciones.

Los abajo firmantes se obligan á apartarse de hecho de las doctrinas que rechazan en

En un artículo publicado por *La Opinion Nacional*, M. Du-
cuing habia sugerido á los internacionalistas un medio excelente
de formar sociedades legales, aunque no autorizadas; la forma
de sociedad civil, por él preconizada, se hizo bien pronto popu-
lar en el mundo trabajador, y los Gravilliers se convirtieron en
punto de reunion general de cuantos intentaban la fundacion de
las sociedades llamadas cooperativas. Consumo, produccion, cré-
dito, solidaridad, construcciones obreras, Cajas de ahorros, sindi-
caturas de crédito mutuo; tales fueron durante dos años las cues-
tiones debatidas diariamente en este pequeño cenáculo obrero.

Los jueves se reunia la comision para estudiar el programa
del primer Congreso y enterarse de la correspondencia, de día en
día más voluminosa, que de todos los puntos de Europa se dirigia
á la oficina parisiense (1). Cuando las preguntas hechas á los
corresponsales necesitaban una declaracion de principios, estos
tomaban acta para hacer insertar en los diarios parisienses un
pequeño manifiesto, que les ayudaba poderosamente á tener al
público en expectativa acerca de la existencia de la Interna-
cional.

A pesar de todos estos esfuerzos, fué imposible agrupar en
siete meses más de 500 adheridos directos; pero los correspon-
sales habian preparado un porvenir, del que se consideraban due-
ños, y el cual, sin embargo, debia ocasionarles tan crueles des-
engaños.

principio, declarando que se comprometen á no recibir jamás sacramentos de ninguna re-
ligion.

*No más sacerdotes al nacer,
No más sacerdotes al casarse,
No más sacerdotes al morir.*

Bajo el título de *Obra segun pienses* constituyen una asociacion, que tiene por ley la
ciencia, por condicion la solidaridad y por objeto la justicia.

A esta declaracion iba unido el modelo siguiente:

ESTE ES MI TESTAMENTO

Mi última voluntad es no ser enterrado segun los ritos de ninguna religion, y doy á . . .
poder para representarme cerca de mi familia á fin de impedir la profanacion de mi
cuerpo.

(1) Habia día que llegaban 40 cartas, algunas de las cuales tenian un color tan subido que
Fribourg las quemaba apenas acababa de leerlas, y sin esperar la reunion de la comision
Los desgraciados que las escribian, ó estaban locos, ó eran unos bribones.

CRÓNICA Y VARIEDADES

El Diluvio, periódico republicano federal independiente, que se publica en Linares dos veces en la semana, en su núm. 12, segunda época, correspondiente al 10 del mes actual, inserta como artículo de fondo el siguiente, que por varios conceptos nos ha parecido notable:

JUEVES SANTO

Nada hay en el mundo más grandioso y más sublime entre los pueblos cristianos que la solemnidad que se celebra hoy en recuerdo de la pasión y muerte del Hijo de Dios, que, hecho hombre, descendió á la tierra para ser crucificado y convertirse en Redentor del género humano.

En el imperio de César Augusto, y durante el tetrarcado de Herodes, nació en Bethlen, en tierra de Judea, Jesús, descendiente de David, en un establo, saludado por pobres pastores, á quienes el Ángel del Señor había revelado la venida del Mesías, queriendo su Eterno Padre en sus altos misterios anunciar tan fausta nueva á los pequeños y á los humildes, que ocultaba á los sabios y los poderosos de la tierra.

Jesucristo explica su doctrina: enseña los dogmas de la Trinidad, de la Encarnación y de la Redención; explica la teoría del derecho y del deber, del premio y del castigo; predica su pasión, muerte y resurrección; las ingratitudes de los hombres y la ruina de Jerusalén. Augura la abolición de la sinagoga; las persecuciones y las herejías, proclama que la fe triunfante y extendida por todo el universo, será siempre invencible y fuerte hasta la consumación de los siglos, en que verificará su segundo y glorioso advenimiento. Perseguido por sus implacables enemigos; vendido por el falso apóstol Judas, abandonado de sus discípulos y negado hasta por el mismo Pedro, fué preso é interrogado por Anás y Caifás, y conducido al tribunal de Pilatos, se le sentenció á ser azotado, coronado de espinas y crucificado en el Gólgota, entre dos ladrones, el Hijo de Dios, el sexto día de la luna Pascual, en los seis primeros meses del año XXXIII de la era vulgar, consumándose así el cruento sacrificio predicho por los patriarcas y los profetas, cuya sangre preciosa vertida en la Cruz había de redimir al mundo y realizar la revolución más universal y más gloriosa que presenciaran los siglos.

Al grito de agonía del Justo se desprendió la venda que cegaba la humanidad toda; el sol oculta sus rayos; la tierra misma parece conmovida con estos portentos, y el mundo antiguo cae postrado á los pies del Crucificado, cuya clemencia implora. Sucumben el error y la idolatría, y sobre el hacina-

nimiento de la ruina y del escombros del politeísmo más sensual y grosero, se levanta erguida y coronada de esplendente gloria la verdad de la era nueva, purificada con el más santo martirio: la sociedad cambia de forma; el espíritu humano se emancipa inspirándose en la sublime máxima, encarnado en el evangelio de la igualdad de todos los hombres entre sí, de la igualdad de todos los hombres ante Dios.

Si la civilización moderna es el resultado de los diferentes y variados elementos que las circunstancias y el tiempo han reunido y desarrollado, al espíritu del cristianismo debe el vínculo de unión que constituye su armonía y su fuerza, así como el conocimiento y la existencia de los grandes principios sociales que componen su gloria, y de que tan justamente se envanece los pueblos, y que jamás podrán olvidarse por la heroica nación española, que enalteció su fe en siete siglos de homéricos combates, y que abrazada al lábaro santo de la redención esparció torrentes de luz sobre todo un mundo, implantando en él la verdad y el genio civilizado del cristianismo.

La nueva civilización encontró un mundo humillado y envilecido por los errores y las aberraciones de una falsa filosofía, por la superstición y el paganismo, y se levantó majestuosa á la caída del Imperio Romano, conquistando para el hombre su dignidad perdida y la conciencia de su propio ser creado á semejanza del mismo Dios. El cristianismo ha obrado el portentoso milagro de reformar las costumbres inveteradas de los pueblos con la exclusiva renovación del mundo moral, cuyo hecho, demostrado evidentemente á la luz del raciocinio y de la historia, ha dado ocasión á que sus benéficas y elevadas doctrinas se extendieran y penetraran en los consejos de las naciones, consumando en las instituciones sociales y políticas la más grandiosa y la más completa revolución que ha existido y que jamás existirá, sancionada por el unánime asenso de la razón, de la filosofía y de la ciencia por espacio de diez y nueve siglos, tanto por el divino punto de donde arranca como por encontrar en ella la solución de los grandes misterios que encierran los destinos de la humanidad entera.

MOVIMIENTO CATÓLICO

ESPAÑA. En San Juan de Puerto-Rico se estableció recientemente, por los Padres de la Compañía de Jesus, la Asociación de Hijas de María, cuyo número asciende ya á seiscientas, de todas clases y condiciones. Fuertes combates ha tenido que sufrir allí esta piadosa institución por parte de ciertos

hombres que hacen alarde de impiedad, pero han sido impotentes para hacerla desaparecer. Vencidos por el débil sexo, han dirigido sus ataques contra la Compañía de Jesús, sacando á relucir de nuevo sus argumentos tan manoseados. Los Padres, segun nos escriben de aquella isla, están dando una mision en la villa de Ponce, donde intenta establecer sus reales el ridículo protestantismo.

El domingo, dia 16 de Marzo, apareció en la iglesia de San Agustín, en Alcoy, un pasquin con el título ¡Alto, católicos! En él se leian las más impúdicas frases, manoseando groseramente cosas sagradas. Tanto era así, que un obrero no pudo ménos de sonrojarse al leerlo, y en seguida lo hizo pedazos. Interrogado por tres ó cuatro individuos, al parecer custodios del tal pasquin, con qué derecho rasgaba el impúdico papel, contestó que con el mismo derecho con que ellos lo habian colocado; é imponiéndoseles con la fuerza del que reprende una mala accion, hizoles retirar. Semejante escándalo produjo entre los alcoyanos la mayor indignacion.

Segun hemos visto en un periódico de Madrid, por conducto de un sacerdote se han entregado al señor tesorero de dicha provincia 10.000 duros que bajo confesion, y con destino á reintegrar al Tesoro, habia recibido aquel. Casos parecidos á este ocurren con frecuencia, y sobre ellos deberian fijar su atencion los que, proclamando la moralidad, dicen que es necesario concluir con la influencia del clero, y emancipar al hombre de la tutela de la Iglesia... y otras cosas por el estilo.

ROMA. Su Santidad ha dirigido una encíclica á los armenios católicos, doliéndose del cisma que entre ellos ha estallado. Pio IX defiende sus derechos, asegura que no desconoce los del gobierno otomano, y recomienda al clero y pueblo armenio que conserve á toda costa la pureza de la fe.

Ultimamente, un periódico revolucionario hacia notar que ningun papa habia recibido tanto como Pio IX. Esto es verdad, pero habia de haber añadido que tampoco ningun papa habia dado tanto como él. Algunos años atrás, un venerable canónigo de Frascati formó una lista de todas las limosnas y donativos hechos por Pio IX. Esta lista es tan larga, que forma un tomo en 8.º de 1.100 páginas. Se ha impreso con el título de «Actos de beneficencia de Pio IX.» El número de esos donativos ha crecido desde la invasion de Roma en proporciones enormes, y se afirma con toda seguridad que si el venerable canónigo de Frascati quiere completar la obra, tendrá que añadir muchos volúmenes al ya publicado.

ALEMANIA. Los obispos alemanes han pedido á la Santa Sede que declare doctor de la Iglesia á San Alberto Magno, maestro que fué de dos santos y doctores de la Iglesia, San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino.

INGLATERRA. El episcopado dirige con mano fuerte los asuntos de la Iglesia, y la luz divina ilumina más y más aquel horizonte. Así vemos que Mons. Vaughan, obispo de Salford, ha pronunciado en la Academia católica de Manchester un discurso en el que ha presentado al protestantismo como pronto á desaparecer en los abismos del olvido, y á la verdadera fe apostólica como próxima á reflorcer en la vieja Inglaterra. «El protestantismo, aun considerado puramente

como sistema intelectual, ha dicho el sabio prelado, es un naufragio. Oficiales, tripulación, pasajeros, todos son arrastrados por el torbellino de la tempestad, y se agarran á los restos de la nave que han abandonado. Algunos se mantienen asidos todavía á los mástiles, y se muestran satisfechos. Otros, por el contrario, lo ven todo perdido: las tinieblas, el furor de las olas, los gritos contradictorios de voces desacordes, bramar de los vientos, la pérdida de la brújula y la muerte del capitán, todo esto crea una situación peligrosísima, desesperada.» Al lado de esta pintura del protestantismo agonizante, Mons. Vaughan muestra la eterna juventud del catolicismo, próximo á florecer en el Reino-Unido.

SUIZA. Una comision de católicos de Ginebra ha dirigido á sus compañeros del canton la excitacion siguiente:

«Un decreto del Consejo de Estado, del 7 de Febrero, priva á nuestro clero de tres meses de paga por haber leído en el púlpito una carta pastoral de Monseñor Mermillod.

»Ante esta medida, que nos abstenemos de calificar, nuestra dignidad nos impone silencio.

»Católicos del canton de Ginebra, un comité compuesto de habitantes de la ciudad y de las afueras, está organizándose para recoger vuestros donativos.

»Sean estos abundantes, y constituyan nuestra única respuesta.

»Mostremos que no dejaremos morir de hambre á nuestros sacerdotes á los piés de los altares guardados por su valor.»

Siguen las firmas.

Los déspotas que dominan en aquella república han expulsado del territorio, como es sabido, al virtuoso y sabio obispo Mermillod. Este ha anunciado que fijará su residencia en Annemasse, pequeña ciudad de la Alta Saboya, á dos leguas de Ginebra.

ESTADOS-UNIDOS. La luz del Evangelio penetra cada día más entre las desgraciadas tribus de indios de las Montañas Berroqueñas; y á pesar de los esfuerzos del oro protestante, los neófitos continúan inquebrantablemente adic-ros á la fe católica.

Últimamente, un ministro concibió el proyecto de ganar á su causa al cacique católico de los yakamas, que se llama Ignacio; y mandó á pedirle cuánto querria por hacerse protestante. Ignacio se contentó con responder:

—Mucho.

—¿Cuánto? replicó el mensajero. ¿Doscientas piastras?

—Más.

—¿Pero cuánto? ¿Quinientas piastras? ¿seiscientas?...

—¡Oh! más todavía.

—¡Pues bien! habla; dí, cuánto quieres.

—Dadme el valor de mi alma.

Ignacio fué comprendido, y el ministro no insistió más.

J. M. R.

Defensa del catolicismo en las Cortes españolas. Se ha levantado, entre otras, una voz elocuente en el último Congreso español de diputados, y

en la actual Asamblea, que en cuantas ocasiones se ha combatido con perniciosos proyectos de ley, ó con hostiles manifestaciones, á la Iglesia ó á la doctrina católica, ha salido animosamente á su defensa. Los plácemes que recibió de amigos y adversarios, prueban que todavía el sentimiento de la justicia no ha muerto en nuestra patria. Esos plácemes eran sin duda justo tributo á la santidad y sublimidad de la causa defendida, y á la sinceridad y al mérito del defensor. Como este es un querido colaborador nuestro, y aquella causa es nuestra causa y la primer enseña escrita en nuestra bandera, nos asociamos de corazón á ese justo tributo, y felicitamos por su noble y valerosa campaña á nuestro amigo querido, al Sr. D. Alejandro Pidal. Le enviamos este saludo ántes de que termine su representacion en la ya moribunda Asamblea; y parecemos cierto que sus compatriotas y comitentes harán que vuelva á representarlos con la dignidad y brillo con que ha sabido hacerlo.

Movimiento católico en Alcoy. Consignamos con gusto lo siguiente que publica un periódico de Alcoy:

«La fé y la piedad cristiana de este pueblo alcoyano parece se encuentran en la actualidad en su período álgido. En medio de las deletéreas doctrinas que tanto se predicán, y envueltos en el torbellino de ideas disolventes, de enemigos poderosos, de circunstancias tristes y azarosas, la luz del catolicismo fulgura con toda su plenitud entre nosotros. No hay sino visitar los templos para convencerse plenamente de ello. Las iglesias de San Agustín, de San Francisco y la parroquial de Santa María, apenas pueden contener en sus espaciosas naves la extraordinaria concurrencia. Lo que ha llamado más todavía la atención es la multitud de fieles que los miércoles, viernes y domingos, al anochecer, se agolpan en la parroquial iglesia de Santa María, con el objeto de rezar el Vía crucis. Todas las clases de la sociedad, postradas ante los altares, dirigen una misma plegaria.»

Compensaciones contra la Internacional en Alcoy. Merece ser conocido el siguiente suceso de los internacionalistas en Alcoy:

«Sabido es que el domingo, 23 de Marzo, hicieron una manifestacion en aquella villa, que por lo mismo que es trabajadora es democrática, pero no demente, y predicaron como siempre y sin fundarlo en nada todo ese programa que acostumbran llevar escrito en sus banderas de percalina. Pero á lo mejor del sermón y cuando un apóstol de la holgazanería gritaba ¡guerra á Dios! ¡guerra á la familia! ¡guerra á la propiedad! y ¡viva el amor libre! un obrero honrado y animoso se dirigió al orador, y con frase enérgica y correcta le interrumpió diciéndole: «¿Crees tú que mi mujer es una mujer perdida? ¿Crees tú que yo me voy á separar de mis hijos? ¿Crees tú que mis ahorros, ganados á fuerza de trabajo, los voy á repartir contigo, que eres un holgazan y un miserable?»

»El demagogo se quedó pálido de miedo; el valiente obrero logró que todos sus compañeros le aplaudieran, y en número de 500 fueron á borrarse de las listas de la Internacional.»